

¿La independencia peruana, un don foráneo?

Jorge G. Paredes M.

jgparedesm@yahoo.com

Lima – Perú

Julio, 2006

En 1972 los historiadores Heraclio Bonilla y Karen Spalding, al publicar trabajo tan original ("La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos") en la obra colectiva publicada por el Instituto de Estudios Peruanos "La independencia en el Perú" (Lima: I.E.P ediciones, 1972), que presenta trabajos tanto o más novedosos y trascendentes como los de Pierre Chaunu, Tulio Halperin Donghi, E.J. Hobsbawm y Pierre Vilar, causaron una gran conmoción en el ámbito intelectual vinculado al campo histórico al sostener, como idea fundamental -herética para aquellos tiempos- que el proceso de la independencia peruana estuvo determinado íntegramente por intereses extrarregionales, básicamente por los intereses comerciales y financieros de Inglaterra, de tal manera que la independencia no podía ser analizada ni interpretada como un proceso interno, como producto de un largo proceso de lucha por ella, sino que le fue impuesta a los peruanos, quienes realmente no la deseaban, por no convenirles la separación con relación a España.

Según esta interpretación, los peruanos consideraban que permaneciendo fieles a España tenían mucho más que ganar, o por lo menos mucho menos que perder. Esta posición historiográfica analiza críticamente la participación de las elites criollas en el proceso de la independencia y en los inicios de la etapa republicana. En lo medular, planteaba que la independencia les fue concedida a los peruanos por el ejército de San Martín, es decir que tuvo que llegar desde fuera debido a que la sociedad peruana virreinal carecía de una clase dirigente consciente de sus intereses y, por lo mismo, incapaz de formular un proyecto político alternativo al colonial. Otra es la opinión, por ejemplo, de Jorge Bracamonte quien en su ponencia "La formación del proyecto aristocrático: Hipólito Unanue y el Perú en el ocaso colonial" (Lima, 1996), señala que la mencionada incapacidad de las elites criollas para conducir los destinos del Perú no es del todo cierta. Ocurre, nos dice Bracamonte, que la toma de conciencia y formulación de proyectos de estos grupos no pasaba, en lo fundamental, por una ruptura abierta con la metrópoli. Por el contrario, fueron los sucesos acontecidos durante la coyuntura de la independencia, los que terminaron por frustrar el paciente proyecto que los criollos venían gestando desde, por lo menos, las dos últimas décadas del siglo XVIII". Ya tendremos oportunidad para analizar la concepción de Bracamonte.

Tratemos, por ahora, de comprender, en lo sustancial, los argumentos de la posición de Bonilla, Spalding y otros. Heraclio Bonilla, en el tomo VI de la Historia del Perú publicada por Mejía Baca, al igual que Virgilio Roel, reafirma sus puntos de vista de 1972, aunque, como veremos, presenta ya algunos matices.

Es básico saber que en aquellos tiempos (siglo XVIII y comienzos del XIX) el imperialismo inglés buscaba expandirse cada vez más, abrir nuevos mercados para su pujante industria, tan necesitada de ellos. Hobsbawm nos dice que "*Inglaterra tenía buenos motivos para favorecer la independencia de Latinoamérica*

y para «abrir» China". España era poseedora de un vasto imperio y, por supuesto, los intereses económicos ingleses tenían que ambicionar esos potenciales mercados para su producción manufacturera, cerrados en virtud del monopolio comercial, el cual, como es lógico suponer, tenía que beneficiar no sólo a ciertos sectores sociales de España sino también de Hispanoamérica, especialmente de Lima, pero, como señala muy bien Nelson Manrique, "*perjudicaba fuertemente a las burguesías de los dominios del interior y de la vertiente oriental del virreinato*". Esto explica porqué era tan bien recibido el contrabando inglés por la costa atlántica.

Si, como se ha afirmado, cierto sector de nuestro grupo comercial se beneficiaba con el monopolio, en cambio "*las pujantes burguesías comerciales del litoral Atlántico tenían mucho que perder con el mantenimiento del orden colonial y en cambio tenían todo por ganar con su cancelación. Por decirlo de una vez: la clase dominante limeña vivía en una condición de abierta dependencia estructural de los privilegios coloniales; de allí su fidelismo a ultranza, que la llevaría a jugar todas las cartas para mediatizar el proceso emancipador y terminaría finalmente con su liquidación como clase, como consecuencia de la crisis originada por la independencia*".

Es innegable que las reformas político-administrativas y económicas llevadas a cabo por la dinastía borbónica, sobre todo las de 1776 - 1778 (cancelación definitiva del monopolio comercial) significaron un golpe mortal para la clase económica dominante peruana y muy especialmente limeña, porque al entregar el Potosí a la jurisdicción del virreinato del Río de la Plata (que había sido creado en 1776) destruyó el circuito comercial que, atravesando la sierra central y sur peruana, unía Lima, Potosí y Buenos Aires.

Es incuestionable, como bien lo han precisado no sólo Bonilla y Spalding sino también Virgilio Roel, que la aristocracia criolla peruana se adhirió al fidelismo. Abascal, innegablemente el "*prior del convento colonial americano*", pudo actuar eficazmente contra los movimientos separatistas hispanoamericanos no sólo gracias a su innegable gran habilidad, sino porque teniendo el poder político éste era realmente un poder político efectivo, porque contaba con el poder militar y financiero, toda vez que dichos poderes se encontraban en manos de los criollos ricos, los cuales integraban los cuadros de mando del ejército colonial realista. Como nos lo recuerda Virgilio Roel, las tropas del Alto Perú estaban comandadas por dos criollos: Goyeneche y Tristán. Algo más, el "Regimiento de Voluntarios Distinguidos de la Concordia Española del Perú", organizado por Abascal en 1811, fue financiado por los grandes comerciantes de Lima y su cuadro de oficiales estuvo integrado por los más destacados miembros de la aristocracia capitalina. Tal es la importancia de este Regimiento en su lucha contra el proceso separatista hispanoamericano, que a Fernando de Abascal se le otorgó el título nada menos que de Marqués de la Concordia. Pero no fue el único regimiento financiado e integrado por los criollos. Es también el caso de los Dragones de Carabayllo. Todo esto permite concluir a Roel que "*si bien el virrey tenía el poder político, el poder militar efectivo estuvo en manos de la aristocracia criolla, principalmente de Lima, Arequipa y Trujillo*".

Por otra parte, como es fácil concluir, los criollos poseían el poder económico, que en gran medida se hallaba supeditado al Tribunal del Consulado, llamado por entonces la "universidad de los mercaderes" y que representaba la política y conducta monopolista del capitalismo mercantil español. En la época de

oro del monopolismo hispánico, en el Consulado se encontraban los poderosos señores que controlaban todo el comercio sudamericano, desde Panamá hasta el Cabo de Hornos, los cuales se valían de los corregidores para colocar sus mercaderías entre los indígenas. Como su riqueza provenía del comercio monopolista, los miembros del consulado se opusieron decididamente al libre comercio, combatieron el contrabando y entraron, por intereses contrapuestos, en pugna con la burguesía comerciante del sur y del norte y es por ello que no vieron con buenos ojos la creación de los virreinos de Nueva Granada y del Río de la Plata. Esto, así mismo, explica el porqué cuando la burguesía comerciante norteña y sureña luchaba por la independencia en el virreinato -porque así le convenía a sus intereses económicos- los miembros del tribunal del consulado limeño, también porque así convenía a sus intereses, abrazaron la causa realista. ¿Se equivocaron de causa? Por supuesto. Pero esto lo podemos evaluar hoy, que analizamos el pasado conociendo el curso de su evolución y, por otra parte, algunas veces con conceptos que no fueron de la época, lo cual afecta, necesariamente, la objetividad del análisis.

A pesar de todo lo expuesto, resulta carente de objetividad el no reconocer o querer minimizar la existencia de intelectuales que atisbaron los errores del sistema imperante y que por lo mismo hicieron análisis críticos muy valioso, llegando algunos de ellos a transitar del simple fidelismo reformista al liberalismo separatista. Tendremos oportunidad de analizar, aunque sucintamente la tesis de Jorge Bracamonte acerca de la existencia, realmente, de un proyecto criollo de tipo aristocrático, de tal manera, como sostiene Bracamonte que es *"..injusto entonces pretender que la elite criolla fue incapaz de formular propuestas de carácter político..."* Como se puede apreciar, esta es ya una crítica a las posiciones de Bonilla, Spalding, etc. y que matiza el análisis de la problemática de la independencia peruana, que algunos pretenden desconocer, presentando como verdades indubitables, las que realmente no lo son.

Viscardo, por ejemplo, un criollo que innegablemente no pertenecía al sector poderoso económicamente, invocaba como una de las causas para la separación los intereses contrapuestos: lo que era bueno para España no lo era para sus colonias. En su célebre Carta, leemos: *"...Necesitamos (los criollos, según el contenido de la carta) esencialmente un gobierno que resida entre nosotros para distribuirnos los beneficios, que son el objetivo de la unión social; depender de un gobierno alejado a tres o cuatro mil millas de nosotros es lo mismo que renunciar a dichos beneficios; y tal es el interés de la corte de España que sólo aspira a dominar nuestras leyes, nuestro comercio, nuestra industria, nuestros bienes y nuestras personas, para sacrificarlo todo a su ambición, a su orgullo y a su codicia"*.

Debemos señalar, que gracias al profesor Merle Simmons hoy poseemos una visión mucho más certera del pensamiento de Viscardo a través de su relativa copiosa obra. Algunos de estos trabajos nos revelan un Viscardo conocedor de las doctrinas económicas de su tiempo, además de un profundo conocedor de los sucesos que le tocó vivir, como podemos apreciar, por ejemplo, en su "Ensayo sobre el comercio hispanoamericano" o en la "Situación de la América Española y la estrategia para lograr su independencia".

Similar es el caso de otro criollo, éste sí de una posición económica alta. Nos estamos refiriendo a José de la Riva Agüero, quien en su "Manifestación histórica y política de la revolución de la América y más especialmente de la parte que corresponde al Perú y Río de la Plata" señala también como una de las causas para

separarse de España los intereses contrapuestos. Riva Agüero escribe: "*Que los intereses de la Península están diametralmente opuestos con los de la América; que para que aquella prospere es preciso que esta permanezca en cadenas*" (causa 1). Y en la causa 3 señala: "*Que el monopolio de la Península les impide a todos (se refiere a los criollos) el comercio libre y les pone mayores trabas al expendio de sus preciosos frutos*".

Mariano Alejo Álvarez en su "Discurso sobre la preferencia que deben tener los americanos en los puestos de América", discurso que debió ser leído en el Colegio de Abogados de Lima, en 1811, señalaba que América era algo totalmente diferente de España, que era ya una singularidad y por ello lo que corresponde a ella debería ser exclusividad de sus propios habitantes. M. A. Álvarez escribe: "*El español en los reinos de España debe ser considerado en primer lugar; y por consiguiente el americano en América*".

Estas pocas y breves citas la hemos hecho porque resulta realmente inaceptable no reconocer que, incluso en el sector criollo en el cual se incubó y llegó a tomar realmente forma un reformismo fiel a la metrópoli, sus críticas al sistema colonial e incluso sus proyectos de reformas, contribuyeron sin saberlo y de seguro aún sin quererlo, al proceso separatista. Es inconcebible que análisis que pretenden ser serios y supuestamente novedosos no tengan en cuenta las nuevas investigaciones, las novedosas interpretaciones, como por ejemplo la de Jorge Bracamonte con relación al proyecto aristocrático de los criollos. Así como tampoco estudios tan acuciosos y perspicaces como los de Scarlett O'Phelan G. o los de Núria Sala i Vila, sobre todo con relación a la gran convulsión del virreinato peruano, especialmente, aunque no exclusivamente, en la parte sur y en el Alto Perú.

Siguiendo con un análisis sucinto del pensamiento criollo, encontramos que en el "Estado Político del Perú" de Victorino Montero, poderoso criollo que había logrado una enorme fortuna como corregidor en Piura, existe especial énfasis crítico con relación a la corrupción administrativa y en el descuido e indiferencia de España por la nobleza peruana (como certeramente señala Pablo Macera, Montero es el representante del resentimiento aristocrático frente a las reformas administrativas y económicas de los borbones).

Pablo Macera ha estudiado el reformismo de José Bravo de Lagunas, también connotado miembro de la nobleza criolla. Macera señala que Bravo de Lagunas, a diferencia de Montero, no adoptó una actitud de cerrada defensa de la aristocracia, sino que puso énfasis en la crítica del aspecto económico del virreinato peruano. Señaló los peligros, para la economía virreinal peruana, de su dependencia con relación a Chile, en lo que se refería a la importación de trigo para el consumo básicamente limeño, que pudo haberse originado en un primer momento por cuestiones climáticas de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, pero que se mantuvo por intereses estrictamente económicos en la medida que tanto peninsulares como criollos, entre los que se encontraban grandes comerciantes, propietarios de navíos y dueños de plantaciones de caña azucarera, amasaron enormes fortunas exportando azúcar peruana a Chile e importando trigo chileno. Como señala Macera, el transporte del azúcar resultaba más barato puesto que los buques traían de regreso el trigo como cargamento.

Bravo de Lagunas, a pesar de su familiar vinculación con muchos de los que prosperaban con dicho negocio, señaló lo peligroso de esta situación para la economía virreinal peruana, la cual, según él, tenía que ser reorientada protegiendo y

fomentando la agricultura como base de todos los sectores y, por otra parte, preferir el producto peruano al extranjero. Es decir, fisiocratismo y proteccionismo.

El caso de Miguel Feijóo de Sosa, que llegó a ser asesor del virrey Amat representa, dentro del fidelismo, una posición más radical (lo cual nos señala matices incluso dentro del fidelismo) porque, en primer lugar, en forma expresa manifiesta su identificación emocional con el Perú, en tanto que patria nativa, y, por otra parte, se centra en la búsqueda del mejor desarrollo de las potencialidades de la realidad peruana. Fue un crítico de los repartos mercantiles, a pesar que él había sido corregidor y, por lo tanto, se había beneficiado con dichos repartos.

Podemos ya analizar críticamente la posición historiográfica que presenta la independencia peruana como un regalo que le hicieron al Perú y a los peruanos fuerzas e intereses foráneos. Sin negar el trascendental papel que ellos jugaron, no se puede aceptar como verdad definitiva y por lo tanto indiscutible la mencionada interpretación, no por un malentendido nacionalismo, patriotismo o chovinismo, sino porque un análisis más profundo de la problemática y teniendo en cuenta los aportes de diversos estudiosos de este aspecto de nuestra historia, se llega a conclusiones menos monocausales y sí mucho más matizadas.

En primer lugar, se tiene que comprender, y esto es algo obvio pero que tiende a olvidarse o minimizarse, que el Perú de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX no lo podemos reducir al consulado limeño ni tampoco al sector socioeconómico dominante. No se puede reducir el virreinato peruano a solo el grupo criollo, por más poderoso que fuera cierto sector de sus miembros de Lima, Trujillo y Arequipa. Por otra parte, como bien lo señala Fernando Silva Santisteban:

"Los criollos no constituyen un grupo homogéneo, especialmente en lo que se refería a sus intereses económicos. Se hallaban dedicados a diferentes actividades y ocupaban distintas posiciones en la escala social. Los criollos estaban dedicados al comercio, a la minería o eran terratenientes... Los comerciantes limeños del Tribunal del Consulado ejercían el monopolio comercial, tenía el control del tráfico mercantil, financiaba la explotación de las minas, habilitaban a los corregidores, etc. Naturalmente, este sector de la élite criolla peruana fue fiel a la corona y trató por todos los medios de mantener su situación privilegiada, contribuyendo con préstamos y donaciones a sufragar los gastos que demandaba la represión de los movimientos separatistas.

Pero existía otro sector de criollos, tanto en Lima como en provincias, que no gozaba de los privilegios, ni de las ventajas económicas de la élite criolla limeña, ni había accedido a los altos puestos de la burocracia estatal. Estaba conformado por comerciantes de menores recursos, funcionarios de segundo orden, artesanos prósperos y, sobre todo, profesionales liberales, maestros, curas e intelectuales. Fue este grupo de criollos que vio primero en el régimen de libertades y después en la colaboración y en el separatismo, la satisfacción de sus aspiraciones o la realización de sus ideales. Fue este segundo grupo de criollos el que justifica la independencia y le da forma y coherencia al proceso emancipador".

(1)

Pablo Macera en su trabajo "Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional" señala que las dos primeras etapas de este proceso se dieron en el siglo XVIII y es cuando se gestan las doctrinas de la revolución. Y aquí hay algo que es muy importante enfatizar. Macera expresa que si no se hubiese dado dicho proceso,

entonces se podría considerar la independencia peruana como una tarea de los extranjeros.

José De La Puente Candamo ha hablado de la tendencia a la reforma, del afán crítico a todo el sistema, que se agudiza a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. La tendencia de la dinastía borbónica a considerar América como posesiones y colonias (a diferencia de los Austrias que, por lo menos en teoría, consideraban al virreinato peruano como provincia predilecta) hace comprender a los criollos que sus intereses ya no son los mismos que España. Por otra parte, como ya se ha señalado reiteradamente, dichas reformas borbónicas favorecían a Buenos Aires y perjudicaban al Perú, muy especialmente a Lima.

Como podrá apreciarse, no es tan simplista el problema sobre las características que tuvo el proceso separatista peruano. Que hubo un sector social (grupo de personas de innegable poder económico) que no deseaba la independencia porque consideraban que no convenían a sus intereses personales y de grupo, nadie lo ha negado, mucho menos después de análisis tan lúcidos como los de Bonilla, Spalding, Roel, entre otros. Pero el problema es más complejo de lo que algunos pretenden presentarlo, desconociendo todos los aportes que se han hecho justamente después de presentada y fundamentada la tesis de Bonilla. Sobre todo teniendo en cuenta que el propio Heraclio Bonilla escribiera lo siguiente: *"Que fuera necesario el apoyo argentino y colombiano para lograr la separación del Perú de España no significa la inexistencia de esfuerzos locales por la independencia antes y durante el contexto de la emancipación. (el remarcado es nuestro) Esto es un problema que constituye todavía el territorio privilegiado de la historiografía nacional, cuyos exponentes en su gruesa mayoría han subrayado la activa "participación peruana" en las luchas por la Emancipación. Desgraciadamente, los términos en que ha sido planteado este problema encierran un conjunto de confusiones que es indispensable esclarecer"*.

La sociedad colonial americana, nos señala Bonilla, fue el resultado de la violencia, del expansionismo europeo a partir de fines del siglo XV y comienzos del XVI. Era lógico que la nueva organización se tradujera en la oposición entre el vencido y el vencedor; estado de intereses contradictorios que se fue cuestionando a lo largo de los siglos de dominación colonial, hasta que en el siglo XVIII la dinastía borbónica, fundamentalmente con Carlos III, elabora reformas al interior de la economía española y de sus colonias americanas con el propósito de elevar el crecimiento de la primera. Como dice Bonilla, a quien venimos citando casi textualmente:

"En sentido estricto se trataba de una segunda conquista de América en beneficio de la administración imperial, puesto que el fortalecimiento interior de los colonos americanos se había gestado a costa de los intereses de la Metrópoli. Las medidas que tomaron los borbones, afectaron por consiguiente, aunque de manera desigual, al conjunto de los estamentos coloniales. A los criollos, porque les retiraba un conjunto de privilegios que habían venido apropiándose; a los indios y a los mestizos, porque agravaba aún más su ya deteriorada condición económica".

(2)

Luis Miguel Glave ha señalado que la constante de la huella del hecho bélico desde el nacimiento del sistema colonial, marcó las relaciones culturales y de poder entre los distintos estamentos de la sociedad colonial. La aparente tranquilidad de los siglos XVI y XVII, después de toda la violencia que significó la conquista, violencia

que tuvo fases y matices muy especiales, se debió, según Glave, *"a un acuerdo o adaptación dentro de determinados márgenes de negociación colectiva. Cuando ellos se rompieron, ya entrado el siglo XVIII, la guerra volvió a presentarse, (es mejor decir que recrudeció, se exacerbó), tanto en los campos de batalla como en los imaginarios colectivos. Una nueva guerra larga, entre 1742 en que empezó y 1780 - 1782 cuando el reino todo entró en convulsión. Fue una guerra inconclusa, las causas de su estallido no se erradicaron, sólo se postergaron,..."*

Para Bonilla, la derrota del movimiento de Túpac Amaru II significó no solo el fin del movimiento nacional indígena en su lucha por la independencia, sino que permitió a la elite criolla y a la administración colonial, tomar conciencia sobre la peligrosidad de la insurgencia indígena. Para Bonilla este hecho marca una ruptura, pues en adelante la lucha por la independencia se desplazará hacia el sur (Argentina) y hacia el norte (Venezuela). Esta afirmación no es totalmente exacta, porque sin mayores explicaciones podría creerse que después de 1780 - 1781 desaparece el clima de insurgencia en el virreinato peruano. Y ello no es cierto, como tendremos oportunidad de ver más adelante cuando veamos como siguió existiendo un ambiente de insurgencia que se manifestó en intentos fallidos y en verdaderos movimiento que aunque no tuvieron la resonancia de los movimientos del norte y del sur, no significa que debemos desconocerlo totalmente o minimizarlos, sino que tenemos que tratar de comprender del porqué de la singularidad de la lucha por la independencia en el Perú.

Volvamos nuevamente al papel de los criollos ricos, especialmente limeños. Que los criollos creyeran que sus intereses se verían afectados con la independencia, en el hipotético caso de un triunfo indígena peruano o criollo foráneo, no significa, volvemos a repetir, que todo el Perú estuviese de acuerdo con ello. Son innegables los criterios contrapuestos que tuvieron los criollos de Buenos Aires, Nueva Granada, Chile, Caracas, Quito y Charcas, con relación a los de Perú y fundamentalmente con los de Lima, Trujillo y Arequipa. Si esto es innegable, lo es también que los criollos no ricos y provincianos del virreinato peruano sí fueron partidarios de la independencia. La prueba de esto la tenemos, como bien señala Virgilio Roel, en las publicaciones de Lima, la junta del Cuzco de 1814, la insurgencia de Tacna y las conspiraciones que no llegaron a cuajar (Aguilar y Ubalde, Zela, etc.). Roel nos dice:

"..... asimismo, el pueblo peruano siempre fue partidario de la independencia y su lucha por ella es la más prolongada y sacrificada que muestra América. (3) Y un poco más adelante se ratifica en lo dicho: *" Los criollos ricos de Lima y Arequipa y sus correspondientes cabildos, adoptaron una posición colonialista apoyando el papel de policía colonial llevado a cabo por el virreinato de Lima. El pueblo peruano, en cambio, fue siempre partidario de la independencia". (4)*

Consideramos, sin embargo, que es exagerado afirmar que el pueblo peruano fue siempre partidario de la independencia. ¿A quiénes nos referimos como pueblo o pueblo llano? Obviamente a todos aquellos que no pertenecían al sector criollo o peninsular rico. Pero es inexacto afirmar que todos ellos estuvieron por la independencia, aunque sus intereses se vieran favorecidos por ella. Porque aquí entra el problema de conciencia de clase y de la distorsión de aquello que realmente conviene en función a la ideología predominante en una sociedad en un momento dado. Es por ello que no podemos sostener que en todo el pueblo se formó una

conciencia anticolonialista, porque si no cómo explicar, por ejemplo, la lucha de indios contra indios, incluso en los movimientos indígenas. Acaso no sabemos de tantos caciques que estuvieron del lado realista en la lucha contra el movimiento de Túpac Amaru II. Y de estos caciques no se puede decir que fueron arrastrados a dicha lucha, contra su voluntad, por las fuerzas represivas coloniales. Estos caciques iban con su propia gente, es decir con indios. Esta participación, de indios y mestizos, y en ambos bandos, es conocida por todos. Por ello se sostiene que no sólo la conquista fue una guerra de indios contra indios, sino también la guerra separatista. Sin embargo, esto no nos debe llevar a conclusiones apresuradas y erróneas. Es normal en todas las sociedades de todos los tiempos esta falta de conciencia en la mayor parte de los grupos dominados, debido a la influencia de la ideología del grupo que detenta el poder económico, político y cultural.

El proceso separatista peruano o guerra por la soberanía nacional, como prefiere denominarlo el historiador Edmundo Guillén Guillén, cubre un periodo bastante amplio. Si consideramos en su exacta dimensión lo que fue básicamente la conquista, una invasión, el proceso separatista tomó, por lo menos en su vertiente primigenia, es decir indígena, un carácter de reconquista, que comienza inmediatamente después de la invasión hispana, aunque fue un proceso frustrado que alcanzó su punto climático con el movimiento de Túpac Amaru II, el cual a su vez marca una cierta relativa ruptura en dicho proceso, porque con posterioridad a dicho movimiento los que le seguirán cronológicamente serán ya en el siglo XIX y el mando ya no estará en manos del grupo dirigente indígena (caciques) sino de criollos. Por eso Glave afirma que fue una guerra inconclusa cuyas causas no se erradicaron, sólo se postergaron para aparecer intermitentemente en otros momentos de la historia de los países andinos.

Tiene razón Edmundo Guillén Guillén, cuando señala en su ponencia presentada en el "I Seminario sobre nueva historia de Cajamarca" (Agosto de 1992) y en el "Congreso Nacional de Etnohistoria: V Centenario" (Octubre, 1992), que los testimonios arqueológicos y etnohistóricos demuestran que la historia del Perú de raíz andina es una continuidad en el espacio y en el tiempo. Como nos lo recuerda Jorge Bracamonte, ya en 1982 y 1983 Bernard Lavallé destacó la importancia del espacio dentro de la reivindicación criolla. Volveremos al respecto más adelante.

Sigamos con el planteamiento de Guillén Guillén, para quien el 16 de noviembre de 1532, fecha de la captura de Atahualpa por los españoles, sólo significó el fin de la rebelión quiteña y de la lucha entre dos sectores de la aristocracia inca por el poder, pero de ninguna manera significó el fin del Tahuantinsuyo. Juan José Vega en su libro "Los incas frente a España. Las guerras de la Resistencia: 1532 -1544" (Lima, 1992), analiza con mucha meticulosidad el periodo de la resistencia comprendida entre 1532 y 1535, correspondiente básicamente a la resistencia quiteña o del grupo atahualpista, en tanto que tan sólo un capítulo (el IX) le dedica a la resistencia cusqueña dirigida por Manco Inca, tal vez porque en otros libros dedicados a este personaje analiza su movimiento y que ha vuelto a tratar en una nueva edición de su Manco Inca (Lima, 1995). Debemos señalar que el período de la resistencia 1545 - 1572 es muy interesante y requiere de un análisis minucioso. Por supuesto que contamos con el libro de Edmundo Guillén "La guerra de la reconquista inca. Vilcabamba. Epílogo trágico del Tawantinsuyo" (Lima, 1994). Y últimamente Liliana Regalado de Hurtado ha dedicado un estudio muy importante a Titu Cusi Yupanqui. (5)

De lo anteriormente citado se puede deducir que para historiadores como Edmundo Guillén el proceso de la independencia no comienza en 1820 como algunos sostienen, sino siglos atrás. Incluso Edmundo Guillén señala como fecha del inicio de dicho proceso el 6 de mayo de 1536, cuando se produjo el ataque inca a la ciudad del Cusco, tal como lo había intuido Jorge Basadre en sus trabajos sobre la independencia peruana. En realidad, dentro de esta perspectiva se tendría que retroceder la fecha hasta 1532, porque no podemos ignorar el intento del grupo atahualpista de querer expulsar a los españoles. Este proceso de reconquista inca fue realmente sin tregua y ello en palabras de Edmundo Guillén *"refuta la infortunada y errada afirmación: que nuestra «independencia» no fue obra de peruanos sino «concedida» por aliados extranjeros. Desatino sin asidero histórico, refutado con sobria erudición por Jorge Basadre y definitivamente por los nuevos y fehacientes documentos que prueban la participación popular en esta lucha en el siglo XVII, XVIII y XIX, con la gesta heroica de los Thupa Amaru, los hermanos Angulo, Pumakawa, los guerrilleros y tropas de línea en las acciones bélicas de 1820 a 1824"*.

Guillén Guillén señala cuatro grandes intentos bélicos en este largo proceso de reconquista inca. El primer intento tiene dos etapas: la primera, el movimiento de Manco Inca hasta su asesinato en manos de los españoles, y la segunda, la guerra dirigida por sus hijos Sayri Túpac, Titu Cusi Yupanqui y Túpac Amaru I, que terminó con la muerte de éste último personaje, el 23 de setiembre de 1572.

El segundo intento es el movimiento de Juan Santos Atahualpa (1742 - 1756), estudiado con gran rigor historiográfico por Arturo E. De la Torre López, en su reciente trabajo titulado "Juan Santos Atahualpa." (Lima, 2004)

El tercero, la insurgencia de Túpac Amaru II y Diego Cristóbal (1780 - 1781), que ha sido estudiada en forma magistral, entre otros, por Juan José Vega en su "Túpac Amaru y sus compañeros".

Es importante señalar que estos movimientos señalados sólo constituyen la parte visible del iceberg del movimiento nacional inca, que ya en 1954 mereciera un inteligente análisis por parte de John Rowe (Su artículo que publicara en la Revista Universitaria del Cuzco ha sido incluido en la importantísima antología preparada por el propio Rowe con el título «Los Incas del Cusco. Siglos XVI-XVII- XVIII» publicada por el INC Región Cusco, 2003).

Es importante señalar que en 1946 estos movimientos habían sido estudiados por Carlos Daniel Valcárcel en su libro "Rebeliones indígenas peruanas" el cual marca un hito inicial en este historiador peruano, quien se especializaría en el estudio de Túpac Amaru II y su trascendental movimiento.

Es en realidad una cantidad muy considerable de movimientos los que estallaron desde las latitudes ecuatoriales hasta los confines de la región del Collao y que numerosos especialistas vienen estudiándolos, destacando por su perspicacia en los enfoques los estudios de las historiadoras Scarlett O'Phelan y Núria Sala i Vila.

El cuarto intento es el de 1814 - 1815 del Cusco de los hermanos Angulo y Pumacahua. Como señala Edmundo Guillén, en agosto de 1814 se proclamó por vez primera la independencia oficial del Perú en el Cuzco, convirtiéndose esta ciudad en la capital del nuevo imperio americano designado con el nombre de "Imperio de los Dos Mares" o "De los Dos Soles", sobre la base de todos los dominios hispanos de América. (6)

De la secuencia diacrónica de los intentos peruanos señalados, se desprende que los sucesos de 1820 a 1824 fueron tan sólo la culminación histórica de la tricentenaria lucha del Perú por reconquistar su antigua soberanía política y acabar con el colonialismo español. Las ponencias de E. Guillén a las cuales hemos hecho referencia terminan con las siguientes palabras: *"Lo expuesto sucintamente, vindica la gesta épica del Perú de mayo de 1536 al 9 de diciembre de 1824, acaba con el mito que el Perú nada hizo por su libertad y prueba también que en la historia continental, el Perú fue el primer y el más tenaz protagonista de la libertad americana..."*

Los estudiosos de esta problemática saben que la posición de Edmundo Guillén no es aislada. Un historiador tan prestigioso como Fernando Silva Santisteban opina casi exactamente lo mismo. Él nos dice:

"... el deseo y los esfuerzos por liberarse de la dominación hispánica estuvieron presentes desde el momento mismo de la conquista y se manifiesta a lo largo de todo el coloniaje en innumerables formas de reacción. Desde las más poderosas tentativas de "reconquista", como se ha llamado a la heroica resistencia de los incas de Vilcabamba, se sucedieron numerosos intentos de liberación que han sido minimizados o desconocidos por la historia tradicional, tales como la rebelión de los indios y negros de Vilcabamba (1602) que acaudilló Francisco Chichime; la de los indios ochozumas de Chucuito (1632); la de los indígenas de Cajatambo (1663); el de Chucuito (1632); la de los indígenas de Cajatambo (1663); el conato de Lima, descubierto en 1667 encabezado por Gabriel Manco Cápac; la rebelión de los indios de Uros y Urquitos en los totorales del Desaguadero; el conato de 1765 de los artesanos indígenas, barberos y silleros de Lima; las revueltas antifiscales del norte del Perú, más de doce, entre las que se cuentan las de San Marcos (1730) y Uco (1735), en Cajamarca, Pueblo Nuevo de Saña (1764), de Santiago de Chuco (1773), los movimientos de Quiquijana, Chumbivilcas, Maras y Urubamba entre 1775 y 1778; y muchísimos otros, sin contar las frecuentes sublevaciones aisladas contra los abusos de españoles, criollos y mestizos en los obrajes, algunas de las cuales alcanzaron significativas proporciones, como fueron la de 1565 del obraje de la Mejorada (Jauja), las de 1756, 1784 y 1794 en los obrajes de Uzquil, Carabamba y Julcán, en Huamachuco, o la de 1768 en el obraje de Pichuichuru, en la provincia de Abancay, etc, etc."

También se produjeron movimientos mesiánicos como el Taqui Oncoy de 1565.

Otros movimientos fueron francamente separatistas: la rebelión del mulato Alejos Calatayud en Cochabamba, en 1730; la de Juan Vélez de Córdova, en Oruro en 1739, la de Juan Santos Atahualpa (1742-1756) en Huánuco y Junín; la de Huarochirí en 1750; la de Farfán de los Godos en el Cuzco y por sobre todo la de Túpac Amaru II (1780-1781)

En el siglo XIX también se dieron importantes movimientos, incluso con influencia innegable del movimiento de Túpac Amaru II, lo que descarta la interpretación de que el movimiento de Túpac Amaru II no tuvo vinculación directa con la independencia, como algunos estudiosos pretenden, llegando incluso a sostener, hecho que es válido sólo en parte, innegablemente, que este movimiento sirvió mas bien para coligar a españoles, criollos y mestizos ante lo peligrosos que podía significar el triunfo de un movimiento netamente indígena.

Sin embargo, no se puede negar que en el intento, fallido debido a la delación de un tal Mariano Lechuga, del Cusco de 1805 liderado por Aguilar y Ubalde y en el cual participara el cacique Cusihuamán, los líderes se proclamaron descendientes de los incas

Los valiosos y muy originales estudios de la historiadora Scarlet O'Phelan demuestran que realmente existe una conexión histórica entre los levantamientos indígenas del siglo XVIII (que ella los estudia más allá de las fronteras políticas de Perú y Bolivia actuales) y la independencia.

Por otro lado, la citada estudiosa sostiene que a partir de las reformas borbónicas, los sectores criollos y mestizos comenzaron a buscar insistentemente una salida alternativa al gobierno de la metrópoli, tratando de sacar provecho de las coyunturas «propicias» para materializar su intento.

Como bien señala Nelson Manrique, no existe consenso sobre el tema. Va emergiendo, sin embargo, una visión más matizada que aquella imagen disyuntiva donde, por una parte, la independencia era gesta heroica de los peruanos y aquella otra en la cual los peruanos eran los agentes pasivos que recibían la independencia a pesar de no quererla, luchando incluso contra ella.

Dentro del proceso separatista se pueden diferenciar tres grandes etapas:

- Reacción e intento de reconquista Inca: siglos XVI y XVII
- Fase de "incubación" de la independencia: siglo XVIII
- Fase explosiva de la independencia: 1780 -1824/1826

El siglo XVIII constituye realmente la etapa en la cual se incubaba la independencia tanto peruana como hispanoamericana. El enfoque en el estudio del siglo XVIII ha venido ganando, desde hace ya varias décadas atrás, mayor objetividad, en la medida que es estudiado por el valor que encierra en sí y no tan sólo como un simple antecedente de la revolución hispanoamericana y peruana. Importante es, por ejemplo, el estudio de Arthur P. Whitaker titulado "La historia intelectual de Hispanoamérica en el siglo XVIII", así como también el de Aurelio Miró Quesada S. "Anverso y reverso del siglo XVIII". Otro trabajo muy importante y centrado en Lima es el de María Pilar Pérez Cantó titulado "Lima en el siglo XVIII: Estudio socioeconómico" publicado en 1985 por la Universidad Autónoma de Madrid.

Sin embargo, es innegable que la trama histórica lleva a Hispanoamérica del siglo XVIII a una etapa de diferenciación, en la cual se va tomando conciencia de ser algo muy diferente a la metrópoli e incluso como algo cuyos intereses, sobre todo económicos, son contrapuestos. Ya hemos señalado como Bernard Lavallé analizó el papel jugado por el espacio en la reivindicación criolla. Ver del citado autor "El espacio en la reivindicación criolla del Perú colonial" publicado en 1983 y el publicado un año antes con el título de "Concepción, representación y papel del espacio en la reivindicación criolla en el Perú colonial". Para Lavallé el redescubrimiento del espacio americano -a mediados y fines del siglo XVIII- permitió no sólo la realización de un inventario de las riquezas del país, sino que permitió desarrollar una nueva concepción del Perú. Como nos dice Jorge Bracamonte, *"Esta novedosa actitud iría definiendo, a partir del reconocimiento de la existencia de un espacio y de una historia singulares, la identidad de «lo peruano»"*. (7)

Viscardo, en su célebre Carta, escribe: *"El nuevo mundo es nuestra patria, su historia es la nuestra..." "Los intereses de nuestro país, no siendo sino los nuestros,*

su buena o mala administración recae necesariamente sobre nosotros, y es evidente que a nosotros solo pertenece el derecho de ejercerla, y que solos podemos llenar sus funciones, con ventaja recíproca de la patria y de nosotros mismos". "En fin, bajo cualquier aspecto que sea mirada nuestra dependencia de la España, se verá que todos nuestros deberes nos obligan a terminarla".

Últimamente, Jorge Bracamonte, haciendo un análisis novedoso y muy inteligente de Hipólito Unanue, retoma el concepto del espacio en la formación de la conciencia nacional y señala como se transita hacia los planteamientos económicos. Bracamonte afirma: *"Esta relación de continuidad es evidente en el caso de Unanue. Éste, primero se preocupa por el estudio de las potencialidades naturales del espacio peruano con el objeto de comprender las posibilidades que sustenten el desarrollo futuro del país, y segundo, intenta - sobre la base de lo anterior - definir de manera pragmática los «modelos» sobre los cuales se tendría que organizar la economía del país. Unanue critica -veladamente- el monopolio mercantil que privilegió a la metrópoli en el intercambio con sus colonias americanas, calificándolo de injusto. Pero al mismo tiempo, cuestionó el reciente libre comercio que beneficiaba principalmente a los europeos"*

Bracamonte, a quien venimos siguiendo en su argumentación, cita a Unanue: *"Las disputas de una libertad desatinada y un monopolio injusto, aún no hemos hallado el medio de que nuestros fieles aliados no se lleven el dinero del Perú por Panamá dejándonos estancados los frutos. Ellos nos dejarán en paz con sus pretensiones mercantiles, mientras que le dejemos nosotros llevarse tranquilamente el dinero. En el particular caso de Unanue, es incorrecto ver exclusivamente la posición que favorece los intereses del grupo mercantil limeño, detrás de estos planteamientos subyacen los antecedentes del proteccionismo económico que sería hegemónico en la décadas siguientes, con la consolidación de la república".*

Vinculado con el espacio está relacionada la evolución del concepto de patria, de Perú y peruano. La palabra peruano comienza a proliferar a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, sobre todo en los periódicos: Mercurio Peruano, Minerva Peruana, El Telégrafo Peruano, El Peruano, El Verdadero Peruano, El Satélite del Peruano, El Peruano Liberal, etc. En esta primera etapa el término patria tiene un sentido totalmente inofensivo, pues sólo sirve para identificar al terruño donde se ha nacido. Pero lentamente el vocablo va tornándose en sinónimo de partido revolucionario y va a identificar al grupo separatista, en contraposición con los realistas, los fieles a la metrópoli. El Satélite del Peruano, periódico cuyo redactor era Fernando López de Aldana marca un hito fundamental en el concepto de patria, pues considera que engloba al continente americano dominado por España y que lucha por romper dicha dominación. Es pues ya un concepto combativo, dinámico y revolucionario y es el que se va a imponer definitivamente

En el Perú del siglo XVIII se produce un movimiento nacional de liberación indígena, como lo venimos señalando, capitaneado o liderado por los caciques y que oscila entre el reformismo, en los moderados, y el separatismo, entre los más radicales, y que en gran medida concluye, y de forma traumáticamente catastrófica, con el movimiento de Túpac Amaru II. El peruanista John Rowe ha estudiado con gran profundidad diversos aspectos de este movimiento nacionalista inca, en tanto que C. D. Valcárcel estudió con relativa minuciosidad estos movimientos desde el siglo XVI hasta el XVIII, en su muy importante obra "Rebeliones indígenas". Pero, innegablemente el movimiento de mayor trascendencia fue el de Túpac Amaru que

ha merecido análisis muy profundos por estudiosos de diversas nacionalidades, como por ejemplo los muy importantes estudios del argentino Boleslao Lewin: "La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la emancipación americana", "la insurrección de Túpac Amaru" "Túpac Amaru, el Rebelde" y "Túpac Amaru: su época, su lucha, su hado". Es el caso también del uruguayo Julio César Chávez, con su "Túpac Amaru". En el Perú son varios los historiadores que se han dedicado al estudio de Túpac Amaru y su movimiento. En 1981 José Antonio del Busto Duthurburu publicó una obra muy importante, en la cual estudia al personaje antes de su movimiento. Nos estamos refiriendo a la obra titulada "José Gabriel Túpac Amaru antes de su rebelión". En 1995 Juan José Vega, estudioso perseverante de Túpac Amaru y su gran rebelión, le dedicó una valiosísima obra en dos volúmenes, titulada "Túpac Amaru y sus compañeros" la cual tiene puntos de vista muy originales.

El movimiento insurgente peruano e hispanoamericano en general, del siglo XVIII y comienzos del XIX está inmerso dentro de lo que hoy se suele analizar como una gran revolución que agitó a todo el mundo occidental y que incluso rebasó hacia el oriental, y que significó el inicio del punto climático de la burguesía. Es necesario no perder este marco para no caer en una visión demasiado provincial, en la que se deja de ver sus relaciones con el resto del mundo.

Si el siglo XVIII en cuanto a insurgencia es fundamentalmente indígena, el siglo XIX lo es criollo. Baste con mencionar algunos pocos intentos o reales movimientos de esta centuria: La conspiración de Gabriel Aguilar y Manuel Ubalde, en el Cuzco, en 1805; el intento de los hermanos Silva, en Lima (1808); la conjuración de Anchoriz (1810); el movimiento de Zela, en Tacna (1811); la sublevación de Enrique Paillardelli, en Tacna (1813); el gran movimiento del Cuzco de 1814; la conjura de José Casimiro Espejo, José Gómez y Nicolás Alcázar, en Lima (1818).

Todo esto nos habla de que la generalización de la existencia de un grupo criollo homogéneo, totalmente cerrado en defensa de sus intereses de clase y por lo tanto opuesto a la separación, no es del todo cierta. En verdad, presenta matices que las últimas investigaciones han puesto de realce. Bracamonte ha puesto énfasis en la existencia de un proyecto aristocrático de la elite criolla, que -según el citado estudioso- no fue en realidad un programa que pudiera vislumbrarse a través de ciertos principios doctrinarios, sino fundamentalmente una actitud pragmática de ejercicio del poder, muy propia de quienes nunca fueron totalmente ajenos a él. Esta cercanía al poder -de los representantes criollos más notables- es lo que permitió definir los rasgos autoritarios y centralista del proyecto. Lo cierto es que este proyecto aristocrático no apostó por la separación y no convencida -la elite criolla- de los beneficios que podía obtener con la ruptura, apostaría todas sus esperanzas en la plena vigencia de la Constitución de Cádiz, a diferencia de otras elites criollas hispanoamericanas que sí apostaron por la separación.

Otro aspecto importante del proyecto aristócrata es no sólo el nuevo descubrimiento del espacio geográfico y de sus potencialidades para el desarrollo económico, sino que estimuló una nueva aproximación al poblador andino con la finalidad de integrarlo y subordinarlo a un proyecto común. Cecilia Méndez, en su obra "Incas sí, indios no", señaló que el planteamiento criollo realmente excluía a la población indígena aunque rescataba y arqueologizaba el pasado histórico inca. Pablo Macera, en su estudio del proceso de la formación de la conciencia nacional,

señaló la recuperación del indio en el discurso fundamentalmente criollo a fines del siglo XVIII, enfatizando que el segregacionismo puede apreciarse en el grupo del Mercurio Peruano. Por eso Macera habla de un nacionalismo criollo y no de un nacionalismo peruano.

Nuevos análisis matizan estas concepciones. Se señala, por ejemplo, que los criollos se enfrentaban doctrinariamente frente al problema de que los europeos creían en su superioridad frente a los americanos (criollos). Esto lleva a Unanue a plantear el tema de "lo peruano". En 1796, Unanue señalaba que el reino del Perú se componía de tres naciones primarias: españoles, indios y negros. En Unanue vemos, nos dice Bracamonte, como la historia fue el recurso que permitió recuperar un pasado utópico para el indígena, al mismo tiempo que permitió para los criollos la apropiación de una matriz histórica de la cual carecía. De esta manera, la historia devino en un mecanismo integrador de blancos e indios, que a partir de ese momento podían encontrar en el pasado histórico inca un lugar común de referencias, al mismo tiempo que les permitiría - hacia delante - reconocerse parte de proyectos comunes". (Jorge Bracamonte). Ello explica porqué el proceso de la independencia peruana es continuidad y es ruptura.

Pero que tuvieron que venir las dos expediciones libertadoras para que se produjera la independencia del Perú, es un hecho que tampoco puede minimizarse. Lo que tiene que hacerse es explicar por qué se hizo necesaria dicha ayuda. ¿Por qué el Perú no pudo conseguir, sin auxilio, como otras regiones de Hispanoamérica, su libertad? La respuesta a esta interrogante ya ha sido dada por diversos historiadores, los cuales han señalado varios factores que imposibilitaron que los peruanos pudieran culminar su proceso separatista sin ayuda alguna. En primer lugar, no está demás señalar la presencia del denominado "Prior del convento colonial americano", el virrey Fernando de Abascal, quien contó con un poder político real, porque los criollos y peninsulares peruanos tenían en sus manos el poder económico y con ellos contó Abascal. El virreinato peruano con las reformas borbónicas había cedido campo en lo económico, pero seguía siendo en lo político el centro del poder español, debido a que poseía una concentración de fuerzas militares que se desconocía en las otras regiones hispanoamericanas y ello le permitió, algunos dicen darse el lujo, de no sólo actuar dentro de su jurisdicción, sino de traspasar fronteras y combatir la insurgencia en Chuquisaca, La Paz, Quito y Chile, además de impedir el avance de las fuerzas bonaerenses por el Alto Perú. Y de ello se dio cuenta San Martín, quien consideró que para asegurar la independencia hispanoamericana era necesario pasar primero a Chile (es decir no insistir por el Alto Perú) y colaborar con los chilenos para alcanzar su independencia. Al respecto, Pierre Chaunu escribe: "*El movimiento separatista finalmente vence en Chile, pero con ayuda extranjera: las tropas rioplatenses de San Martín*". El siguiente paso era llegar al Perú y colaborar con los peruanos para conseguir su independencia. Ya en el Perú, incluso buscará la ayuda de Bolívar, tratando de unir fuerzas para terminar con los realistas peruanos, lo cual demuestra que las fuerzas realistas peruanas eran numerosas y muy bien preparadas. Auxiliar al Perú no sólo era un gesto de altruismo, de fraternidad, sino una necesidad, porque mientras el Perú no estuviese independizado la independencia de cualquier región hispanoamericana peligraba.

Existe otro factor que no por poco señalado debe ser desdeñado. Es el referente al altísimo porcentaje de peninsulares que residían en Lima, es decir en el corazón del virreinato. Grupo éste, como es obvio comprender, eminentemente

hostil al movimiento separatista. En ningún otro lugar fuera de España residían más españoles que en Lima. Esto significó que los criollos separatistas tuvieron que hacer frente a un poderoso grupo peninsular adicto y fiel a la corona, que había formado una cerrada aristocracia que casi monopolizaba la dirección del gobierno. Sobre esto ha insistido mucho Carlos Neuhaus Rizo Patrón en su "Reflexiones sobre la emancipación peruana" y en "hacia una nueva clasificación de los movimientos revolucionarios peruanos previos a la independencia". Su libro tan interesante "Reflexiones sobre la independencia" merece un análisis cuidadoso y resulta extraño que a veces ni siquiera es citado por estudiosos de esta problemática.

El mencionado historiador señala que frente a la población criolla y mestiza los españoles representaban en México el 2,2% mientras que en el Alto Perú el 1%, en Chile el 16% y en el Perú el 55%. Como dice Neuhaus Rizo Patrón, al respecto de este aspecto demográfico: "...el Perú se desata al último del dominio español porque en síntesis Lima es España y Lima domina al Perú, como la mujer de Pericles gobierna a Grecia". Semejante concepto vuelve a utilizarlo en una obra reciente ("Navegando entre Perú y Ancón" Lima, 1998; p. 38): "...San Martín, a través de sus muchos contertulios y de inmensurables evidencias ha comprobado que, simple y complejamente, Lima es España." Y comprensivamente con relación a actitudes propias del pasado condicionadas por circunstancias fáciles de comprender, añade: "El sentimiento de lealtad hacia la Corona, que puede ser errado no es vergonzante, sedimenta un peso muy intenso sobre los espíritus peruanos hacia 1821..." Si a estos factores demográficos y socioeconómicos añadimos la campaña en contra del ejército libertador y de los posibles agravios que podía ocasionar dentro de la población limeña, comprenderemos actitudes como la de buscar refugios en los conventos ante la inminencia del ingreso del ejército patriota en la ciudad capital, así como también la reacción de los habitantes del puerto del Callao por la captura de la fragata realista La Esmeralda, por obra de la escuadra al mando de Cochrane, los cuales el día 6 de noviembre de 1820 mataron a 14 o 16 extranjeros por considerar que la fragata inglesa Hyperion y la angloamericana Macedonia, ambas de guerra, así como todos los navíos surtos en el puerto habían auxiliado a Cochrane. Esto hace que Pezuela afirme que la expedición libertadora era más temida que amada.

Es innegable que los criollos de las regiones agrícolas (Argentina, Chile, Venezuela) no tuvieron que luchar con las poderosas aristocracias que se formaron en las regiones mineras (Perú y México).

Si el siglo XVI fue básicamente el siglo de la conquista, es decir de la violencia por excelencia, metafóricamente sería el periodo de la fecundación de las dos culturas que han chocado. Con Max Hernández diríamos que el nacimiento de la nueva cultura fue fruto de una violencia con característica de violación, castración y nacimiento bastardo. El siglo XVII podemos considerarlo como la época de la fusión y por lo tanto de la incubación. El siglo XVIII es la etapa del nacimiento. Nacimiento de una nueva nación: la nación peruana. Ella surge como consecuencia lógica del inevitable proceso interno de diferenciación, de singularización, que es lo que en última instancia explica el tránsito hacia la separación. César Pacheco Vélez sostiene la tesis de que la revolución separatista peruana fue consecuencia lógica del proceso interno de diferenciación. Don José De La Puente Candamo señala que "La República es el fruto de la guerra; la nacionalidad es la causa de la ruptura". Son conceptos muy importantes que muchas veces no son considerados en toda su

profundidad. Por supuesto que este proceso de diferenciación, del cual nos han hablado tanto De La Puente Candamo como César Pacheco Vélez, tiene una larga prehistoria que echa sus raíces casi en los inicios del proceso mismo de la invasión. El conquistador Sebastián de Benalcázar, uno de los de Cajamarca, *"sintiendo el apego de un natural por su nuevo país (James Lockart) sugirió a la corona que cada reino debía tener gobernadores nativos: "Aquí, hombres de la Indias, como en España españoles"* (8) Es obvio que para Benalcázar "hombres de las Indias" eran sólo los conquistadores españoles, prescindiendo de los verdaderos dueños de estas tierras: los indígenas. Este mismo sentimiento de singularización temprana la encontramos en el movimiento de los encomenderos dirigidos por Gonzalo Pizarro, movimiento tan magistralmente estudiado por Marcel Bataillon, entre otros. Sabemos que personajes como Francisco de Carvajal le aconsejaban para que se proclamase rey del Perú, por lo que Waldemar Espinoza Soriano señala que esta rebelión constituye el más lejano atisbo emancipador que haya gestado en el Perú, no por indígenas, sino por los propios conquistadores. Por lo que hay historiadores que le consideran (a Gonzalo Pizarro) hasta como un precursor de la independencia. (9) Incluso se señalan aspectos que hubieran favorecido esta decisión, de haberla tomado Gonzalo: ser hermano de Francisco el conquistador del imperio de los incas y el haber podido casarse con su sobrina Francisca Pizarro Yupanqui, la cual posteriormente, y ya en España, se casaría con su tío Hernando. ¿Resulta descabellada esta posibilidad? De ninguna manera, porque habría sucedido algo parecido a lo que ocurrió con los árabes que invadieron la Península Ibérica, los cuales se independizaron cincuenta años después de su arribo al constituir el califato de Córdoba, separado y libre de los Omeyas de Bagdad, como nos lo recuerda el propio Waldemar Espinoza. Claro que la independencia hubiera sido para los conquistadores y no para los indios, mestizos, negros y castas. Como dice W. Espinoza sólo se habría adelantado en 280 años la "independencia criolla" alcanzada en Junín y Ayacucho.

¿Pero hubiera habido una real "reconquista indígena" que hubiese terminado en 1780/1781 expulsando a los invasores como ocurrió en 1492 allá en la Península Ibérica? Recordemos que los árabes se quedaron en la Península Ibérica ocho siglos. Sólo en 1492 terminó la reconquista española o aquello que se solía considerar como "reconquista", considerada en la actualidad más como "una guerra civil disfrazada de conflicto religioso". No está de más recordar que el estudioso francés Marcel Bataillon dedicó especial atención al análisis del movimiento pizarrista, en un curso que dictó en el Collège de France, en 1962 y cuyo resumen de dicho curso ha sido publicado, conjuntamente con otros trabajos del citado historiador, por la Universidad San Marcos con el título de *La Colonia. Ensayos peruanistas* (Lima, 1993)

Otro aspecto que tiene que tenerse en cuenta, y que mencionamos al comienzo de este trabajo, es que no podemos desligar la independencia peruana e hispanoamericana de los hechos mundiales, especialmente de las consecuencias que produjo la invasión napoleónica a la Península Ibérica y en especial a España. Esto, entre otras cosas, implicó el establecimiento de un rey foráneo no reconocido por el pueblo español, José I, hermano de Napoleón, que obligó al pueblo español al autogobierno a través de juntas de gobierno, las cuales evolucionaron a una Junta Central y luego a un Consejo de Regencia, marcando una etapa de liberalismo en España, la cual tiene su punto climático con las Cortes de Cádiz y con la

Constitución de 1812. Estos hechos repercutieron en Hispanoamérica donde también se formaron juntas de gobierno, algunas de ellas francamente separatistas, y a partir de las cuales se inicia realmente la fase explosiva de la independencia hispanoamericana. Como señala Guillermo Céspedes en su libro "La independencia de Iberoamérica" (Madrid, 1988) frente a la crisis de la monarquía española sin rey legítimo, en Hispanoamérica se produjo una verdadera guerra civil que enfrentó a aquellos que él denomina "criollistas", que estimaban que los cabildos podían servir como marco para convocar asambleas suficientemente representativas (aunque por supuesto nunca democráticas) que designasen juntas de gobierno, que a ejemplo de las surgidas en España ejercerían el gobierno. A esta posición se contraponía la tendencia que Céspedes denomina "peninsularista", partidaria de mantener la estabilidad y el orden y para ellos las autoridades que ejercían los cargos diversos debían seguir gobernando. En caso de vacantes los nombramientos los haría el Consejo de Regencia. Virgilio Roel ha señalado que mientras los cabildos de ciudades como Lima, Trujillo y Arequipa decidieron apoyar a los absolutistas españoles, en cambio en el resto del país hubo esfuerzos por formar juntas de gobierno que apoyasen a los liberales españoles. Estos criollos liberales deseaban que el artículo 312, capítulo 1º, título 6 de la Constitución de Cádiz se cumpliera, porque dicha norma mandaba que todos los cargos del cabildo debían ser electivos, quedando de esta manera suprimidos los cargos a perpetuidad. Que no se cumpliera este mandato no significa, como nos los dice Virgilio Roel, que no hubiesen *"gente y cabildos que sí eran representativos y que exigieron el cumplimiento de los dispositivos constitucionales, y que cuando se les cerró el paso legal a sus aspiraciones se insurreccionaron; es este el caso de los insurgentes cusqueños de 1814, que capitaneados por los hermanos Angulo llegaron a contar en su campaña con la adhesión de los cabildos de Abancay, Andahuaylas, Huamanga, Huancavelica, Huancayo, Puno y La Paz"*. (Virgilio Roel, "Conatos, levantamientos, campaña e ideología de la independencia").

Como señala G. Céspedes el liberalismo español en cierta forma exacerbó el liberalismo hispanoamericano. Así por ejemplo, Manuel José Quintana, secretario de la Junta Suprema decía: *"No sois ya (se refería a los criollos) los mismos que antes, encorvados bajo el yugo, mirados con indiferencia, vejados por la codicia, destruidos por la ignorancia...; vuestros destinos ya no dependen ni de los ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores: están en vuestras manos"*.

Pero el sector criollo, especialmente el poderoso económicamente, y por supuesto los peninsulares, tanto de Perú como de México se mostrarían contrarios a ese separatismo y convirtieron a estos territorios en defensores del fidelismo y en el caso peruano se utilizó el poderío militar para combatir los movimientos autonomistas de las juntas que se formaron en 1809 y 1810.

Por ello resultó más difícil en el territorio del virreinato peruano luchar por la separación. Ya hemos dicho que todo lo anteriormente expuesto no significa que no hubo lucha por la separación, sino que los movimientos a los cuales ya hemos referencia encontraron una tenaz oposición y por ello fracasaron, pero eso mismo tiene que ser valorizado porque eran movimientos que se dieron aún en las condiciones más adversas, con un estado superpoderoso política y militarmente.

Muy ilustrativos, sobre la situación del virreinato peruano a comienzos del siglo XIX y sobre las diversas actitudes de los grupos sociales con relación a la dominación española, son los datos que se aprecian en la comunicación de virrey

Pezuela de fecha 5 de noviembre de 1818 y que transcribe Virgilio Roel. En esa comunicación leemos: *"Las ocho provincias que desde el Desaguadero a Guayaquil forman este virreinato están quietas y conformes al parecer en su presente sumisión al Rey y a las legítimas autoridades; pero no tanto, que pueda tenerse, ni se tenga una completa confianza, de que no son susceptibles de novedad. No son pocos en cada uno de ellas los hombres conocidos por infidentes, a cuyo extrañamiento no puedo proceder, sea porque tal vez no pueda justificarles sus delitos, quedarían estos muy disminuidos de sus habitantes; pero la permanencia de tales hombres debe ocupar la vigilancia de los Gobernadores, porque no perderían la ocasión de perturbar la paz, si se les presentase"*. (10)

Eduardo García del Real, en su biografía de San Martín (Barcelona, 1984) señala que el 25 de octubre de 1820 el virrey Pezuela explicaba al Gobierno español las circunstancias que le habían conducido al armisticio de Pisco y a la conferencia de Miraflores. Si bien es cierto que en este informe aseguraba la lealtad de la tropa, sin embargo, y en la misma fecha, en misiva enviada a su hermano residente en Madrid, le hace llegar *"sus temores de ver perdido el Perú, a causa del espíritu de insurrección que se hacía sentir en todo el Virreinato"*. (el remarcado es nuestro)

¿Se puede, con tantos testimonios de la inquietud revolucionaria peruana, sostener que poco o nada hicieron los peruanos por su independencia?

No debemos tampoco pasar por alto que en los otros lugares de Hispanoamérica donde nacen las corrientes libertadoras del sur (San Martín) y del norte (Bolívar), hubo un factor importante cual es que restablecido el absolutismo de Fernando VII (1814-1819) tanto los patriotas hispanoamericanos como los liberales españoles fueron y se sintieron por iguales víctimas de ese nuevo estado absolutista y es por ello que se establecen relaciones de colaboración entre ambos grupos a través de las llamadas logias, cuyo papel a veces no suele valorarse en su exacta dimensión, un tanto porque no se conocen tanto de ellas por el carácter secreto que tuvieron. Pero es innegable el papel que ellas jugaron. Las logias tuvieron un papel importante ya desde la época de Miranda y adquirirían un rol mucho mayor a partir de la segunda década del siglo XIX, especialmente en aquellas regiones como Argentina, Chile (prácticamente gobernada por la logia Lautariana entre 1817 y 1820), Venezuela y Nueva Granada. Como señala Guillermo Céspedes estas logias *"fueron el verdadero partido político de la causa emancipadora, impulsaron y dirigieron eficazmente el desarrollo de ésta y contribuyeron poderosamente a su triunfo"*. (11)

Como se habrá podido apreciar, la problemática en torno a la independencia peruana e hispanoamericana es bastante compleja, y es por ello que no se debe hacer afirmaciones simplistas y mucho menos inculcar en los jóvenes ideas que no sean de gran objetividad, que propicien el intercambio de ideas, el afán de investigar, la curiosidad por nuevos enfoques, presentando los problemas con todos los matices que ellos poseen, porque de no ser así, estamos -probablemente sin quererlo- inmersos en un simplismo anticientífico. Por querer hacer una supuesta "nueva historia" estamos haciendo una nueva historia tradicional, mucho más peligrosa porque pretende ser verdaderamente renovadora. No debemos olvidar los docentes, de todos los niveles educativos, que tenemos una grave responsabilidad cuando enseñamos, porque lo que los niños, los jóvenes e incluso los adultos saben de la historia es lo que de ella se les enseña en los centros educativos, en los diversos niveles. No olvidemos que el prestigioso historiador francés Marc Ferro ha escrito

un libro importantísimo que todo profesor de historia debería leer. Me estoy refiriendo a "Cómo se cuenta la historia a los niños del mundo entero" donde apreciamos como ella es distorsionada. Marc Ferro en este libro escribe: *"Independientemente de su vocación científica, la historia ejerce en efecto una doble función, terapéutica y militante. A través del tiempo, el "signo" de esta misión ha cambiado, pero no el sentido...; el cientificismo y la metodología sirven a lo sumo de "taparrabo" a la ideología". (12)*

Como educadores, a la vez que estudiosos de la historia, no nos deja de inquietar eso de lo que ahora se habla tanto, cual es la bajísima autoestima del peruano en general. Leyendo al historiador chileno Sergio Villalobos encuentro como para él resulta incomprensible la actitud de ciertos estudiosos peruanos de no dar la debida importancia a la lucha del propio pueblo peruano por su independencia, en eso que se conoce como el mito de la independencia concedida. Villalobos, al respecto, dice:

"Curiosamente, han sido los propios estudiosos peruanos y los difusores de su historia quienes han enfatizado el aporte de las armas foráneas y relegado a un lugar menor a las fuerzas que se gestaban internamente.

Es comprensible que esa visión prime entre los historiadores de Chile, Argentina y Venezuela; pero es sorprendente que se la cultive en el mismo Perú....

La situación ha sido tanto más paradójica, en cuanto algunas investigaciones de vieja data han recordado numerosos antecedentes y han destacado a personajes que de manera general o precisa prepararon el movimiento emancipador". (13)

Esperamos que este ensayo sobre la naturaleza de la independencia peruana, sobre la cual hoy tenemos una visión mucho más equilibrada y, lo que es más importante, mucho más comprensiva acerca del proceso y naturaleza de la caída del gobierno español en el Perú, haya permitido una primera aproximación a un problema historiográfico que posee innegables complejidades. Consideramos de elemental justicia dejar constancia, como un merecido reconocimiento, a los trabajos desafiantes que el IEP, en 1972, en aquellos momentos bajo la dirección de José Matos Mar, publicara con el título "La independencia en el Perú", muy especialmente el trabajo de Heraclio Bonilla y Karen Spalding "La independencia en el Perú: las palabras y los hechos". Esa publicación marca un hito señero en la historiografía peruana. A partir de allí han venido nuevos y muy importantes estudios que de una u otra manera son sus deudores. Deseamos presentar, para cerrar este trabajo, en forma muy escueta y tratando siempre de incentivar el ponerse en contacto con los textos mismos, análisis relativamente recientes, excepción del clásico de Jorge Basadre, en torno a la problemática de la independencia peruana, de la cual el investigador sanmarquino Gustavo Montoya, ha enfatizado su característica singular, su carácter atípico con relación al resto del continente.

La prestigiosa historiadora peruana Scarlett O'Phelan Godoy ha dedicado gran parte de sus investigaciones a desentrañar la lucha revolucionaria de los siglos XVIII y XIX, pero desde una perspectiva geohistórica centrada en el sur andino, con lo cual se ha ganado en una mayor comprensión del fenómeno revolucionario y del proceso separatista. Su trabajo **El mito de la "Independencia concedida": Los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814) (14)** constituye un análisis minucioso y muy profundo acerca de este acontecimiento. Esta temática la ha vuelto a tocar, con la sapiencia y claridad que a

ella caracteriza, en su trabajo **“Repensando la independencia del Perú”**. Allí leemos: “..., los estudios sobre la independencia han obviado el hecho de que en la fase de los regionalismos, la participación de peruanos en la lucha insurgente fue significativa. Esclarecer este punto implica que, por un lado, la independencia no nos vino exclusivamente “desde afuera” y, por otro, que la “pasividad” que se achaca a los peruanos durante este periodo no fue un fenómeno extendido, como se ha pretendido demostrar. Hubo peruanos que desde muy temprano vieron en las juntas de gobierno el canal más efectivo para plantear sus discrepancias con el sistema colonial”. (15)

Entre la copiosa obra de la Dra. O’Phelan no se puede pasar por alto el mencionar **“La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar”**. Ella es la compiladora de los estudios presentados en el ciclo de charlas organizado por el Instituto Riva Agüero –Escuela de Altos Estudios de la Pontificia Universidad Católica del Perú, el cual tuvo como tema central el proceso de la independencia. La mencionada historiadora nos ofrece allí un trabajo titulado “Sucre en el Perú: entre Riva Agüero y Torre Tagle”

John Fisher en un libro muy importante titulado **“El Perú borbónico 1750-1824”**, fruto de más de 30 años de investigación, trata este tema con la solvencia intelectual que lo caracteriza. Precisa que, a riesgo de simplificar, el historiador en lo referente a este tema se sigue enfrentando con dos interpretaciones diferentes sobre la manera (y tal vez el momento, ¿1821 o 1824?) en que el Perú alcanzó la independencia. Analiza el trasfondo ideológico que caracterizó el debate acerca de la naturaleza de la independencia peruana a partir de 1970, considerando que a partir de 1990 se ha logrado un mayor realismo en los análisis interpretativos. Y considera que *“uno de los frutos del revisionismo existente desde los años setenta es que ahora se acepta, en general, que tras la fachada del fidelismo peruano posterior a 1808 –cuando el virrey José Fernando de Abascal (1806-1816) logró enviar ejércitos comandados por oficiales criollos a que sofocaran las insurrecciones del Alto Perú, Chile y Ecuador- hubo un considerable descontento local, que dio lugar a rebeliones armadas en el sur (Tacna, 1811 y 1813; Arequipa, 1813) y el centro (Huamanga y Huánuco, 1812) del virreinato”* (16).

Otra obra importantísima para comprender y no solo conocer la independencia peruana es el libro del historiador canadiense Timothy E. Anna **“La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la independencia”** cuya edición en inglés es de 1979, pero que en español data recién de 2003. Desde su prefacio ya nos advierte acerca de su posición: “Es importante echar nueva luz sobre el proceso de independencia, no para rendir homenaje a los oponentes individuales de España, sean estos grandes o pequeños, peruanos o extranjeros. Su historia, en cualquier caso, ha sido contada antes y será contada nuevamente. Por lo tanto no sostengo ni la tesis nacionalista ni la intervencionista sobre la independencia peruana, aunque quiero tratar de explicar por qué tanto la batalla de Ayacucho como el sitio final del Callao fueron necesarios y lo que significaron”. (17)

Otra obra también muy importante aparecida no hace mucho es **“La independencia del Perú y el fantasma de la revolución”** del historiador peruano Gustavo Montoya. Critica la posición marxista que acentuó el carácter fenoménico de la separación política del Perú con respecto de la monarquía española y según la cual la independencia fue resultado de las expediciones libertadoras del sur y del norte, lo que implicaba “el «silencio» de las clases populares, acentuando el carácter

puramente político de la emancipación y en donde además los «factores externos» adquieren un sentido determinista”. Y más adelante nos dice: “Pero a fin de cuentas, ¿cuál es la razón que justifica el obsesivo lamento de una historiografía que se complace en denunciar la ausencia de un movimiento revolucionario? ¿Por qué tendría que haberse producido una revolución social, o existido una burguesía «nacional»? Fijaciones ideológicas de una historiografía que busca suplir la fragilidad hermenéutica de sus indagaciones, con el abuso del ensayo especulativo. Imágenes de la independencia organizada en función de la retórica de la «nueva izquierda”. (18) La obra de Montoya es acuciosa y de gran originalidad.

No puedo pasar por alto en esta breve enumeración de obras recientes que tratan el tema acerca de la naturaleza de la independencia peruana, el libro, también muy importante, del historiador peruano Heraclio Bonilla, que incluye, en el capítulo 2, su estudio que podemos decir marca el inicio del gran debate que se organizó en el Perú sobre la naturaleza de la independencia peruana. Me estoy refiriendo a “**La Independencia en el Perú: Las palabras y los hechos**”, escrito conjuntamente con Karen Spalding y por vez primera publicado por el Instituto de Estudios Peruanos, en 1972 El nuevo libro de Bonilla se titula “**Metáfora y realidad de la independencia en el Perú**” y en el se reafirma este prestigioso historiador en su interpretación.

Una obra sumamente importante para esta temática -por la originalidad de sus análisis e interpretaciones- aunque no tenga como tema exclusivo el proceso separatista, es el trabajo de Marie – Danielle Démélas “**La invención política. Bolivia, Ecuador, Perú en el siglo XIX**”. Los capítulos III y IV de la primera parte (“América participa en la revolución española” y “Las insurrecciones americanas”, respectivamente), así como “La cosecha del desengaño” parte preliminar de la segunda parte, contienen un sugestivo análisis y una interpretación muy meditada y original sobre lo que significó el tránsito de la etapa colonial a la etapa independiente. Refiriéndose a Lima al momento del inicio de la etapa explosiva de la revolución americana (1809 -1810), Demélas escribe: “*Si la capital estaba condenada a la fidelidad, en el interior del país, cuyos lazos con Lima se deshilachaban, la esperanza despertada por Cádiz y el activismo de los clérigos, en acuerdo con los movimientos campesinos indígenas, desembocaron en insurrecciones de gran amplitud. Dos de ellas adquirieron una importancia excepcional; la primera afectó los pueblos y comunidades de las provincias de Huánuco y Huamalíes, en 1812; la segunda tomó la forma de una guerra dirigida por el Cuzco en todo el sur andino, entre agosto de 1814 y marzo de 1815*” (19)

La obra de Demélas es su tesis de doctorado trabajada entre 1982 y 1989 bajo la dirección de Bartolomé Bennassar y que fuera defendida en 1990. Los archivos consultados pertenecen a diversos países (Francia, España, Argentina, Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú). Esto lo enfatizo para poner de realce que sus interpretaciones están basadas en fuentes primarias, manuscritas e impresas, además de la consulta exhaustiva de las obras de investigación. No predomina, como en otros historiadores, el sustrato de concepciones ideológico políticas.

Para el caso de la conspiración de Lima de 1809 cuyo líder era José Mateo Silva, Démélas ha consultado un expediente conservado en el Archivo de las Cortes en Madrid que titulado por error como Expediente acerca de la insurrección de la provincia de Buenos Aires, en realidad se refiere a la conspiración de José Mateo

Silva. Para el caso del movimiento de Huánuco de 1812 ella utiliza entre otras fuentes el trabajo de Jöelle Chassin y M. Dauzier.

A veces, un tanto mezquinamente, no se suele citar una obra que considero fundamental. Me estoy refiriendo a **“El azar en la historia y sus límites. Con un apéndice: La serie de probabilidades dentro de la emancipación peruana”**, cuya primera edición data de 1973, pero que es un verdadero clásico dentro de la historiografía peruana. El apéndice, que sin embargo es la parte más extensa de la obra, trae tres capítulos realmente magistrales:

- “La erosión en el Imperio hispánico de Ultramar: el caso del Perú”
- “El retardo en la Independencia peruana”
- “Luces y sombras en la Independencia peruana”

Una obra recientemente aparecida en su versión española es «Nación y sociedad en la historia del Perú» del prestigioso historiador Peter Klaren, la cual condensa en un poco más de quinientas páginas toda la historia del Perú. Por su calidad excepcional no puede dejar de leerse. El tema que estamos viendo lo analiza Klaren en el capítulo IV, el cual lleva el sugestivo título «De la reforma imperial a una independencia a regañadientes, 1730-1824» y especialmente en el subtítulo «La caída del gobierno realista y el advenimiento de la independencia: 1780-1824». Referente a la naturaleza de la independencia peruana y sus diversas interpretaciones, Klaren escribe:

“Las interpretaciones de los orígenes de la independencia peruana por lo general se agrupan dentro de tres posiciones. La postura tradicional o patriótica, impulsada por el estado oligárquico antes de 1968, era que los peruanos de todos los grupos étnicos y sociales –indios, mestizos y criollos- fueron movilizadas y liderados por «heroicos» líderes criollos en un levantamiento popular contra el dominio hispano. Esta versión oficial se enseñaba en las escuelas a todos los niveles y fomentaba el mito del «nacionalismo criollo» para unir la nación bajo el dominio de la elite.

La revolución nacionalista y populista de Velasco de 1968, cuyo símbolo fue Túpac Amaru II, buscando reivindicar e incorporar las masas indias a través de la reforma agraria y otros cambios, articuló un discurso alternativo sobre el «nacionalismo indígena». En esta versión, se incorporó al panteón de los héroes de la independencia peruana a líderes indígenas como Túpac Amaru II, junto a los ya conocidos héroes criollos, sirviendo así de igual manera para unificar la nación, pero esta vez en forma más inclusiva y popular.

Tanto la versión «criolla» como la «indígena» del nacionalismo, fueron cuestionadas por una escuela revisionista de historiadores marxistas, encabezados por Bonilla y Spalding (1972, 1981), y que surgió a comienzos de la década de 1970. Bonilla y Spalding sostienen que el nacionalismo no existía en el Perú en 1820 ya que los criollos no estaban convencidos de la necesidad de la independencia pues sus intereses económicos y financieros estaban íntimamente ligados al antiguo régimen. ...

Desde la década de 1970, una nueva generación de historiadores aceptó los avances revisionistas, pero al mismo tiempo se movilizó para desplazar a Lima del estudio del colapso del viejo régimen hispano. Ellos describieron un movimiento mucho más complejo, fragmentado y regional en el cual la rebelión de Túpac Amaru II jugó un papel más decisivo, puesto que expresaba una visión multiétnica,

transclasista y protonacionalista cuyos temas, como veremos más adelante, seguirían resonando en diversas rebeliones provinciales que condujeron a la independencia".
(20)

NOTAS

- (1) Silva Santisteban "Historia del Perú. Perú Republicano" (Lima: Ediciones BUHO S.A. tercera edición, 1983) páginas 14 - 15,
- (2) Bonilla, Heraclio "El Perú entre la independencia y la guerra con Chile" En: Historia del Perú. Perú Republicano, tomo VI de la colección de Juan Mejía Baca , 1981; página 39
- (3) Roel Pineda, Virgilio "Conatos, levantamientos, campañas e ideología de la independencia". En: Historia del Perú. Perú Republicano, volumen VI de la colección de Juan Mejía Baca, 1981; página 139
- (4) Roel Pineda, Virgilio Obra citada; páginas 139 – 140
- (5) Regalado de Hurtado, Liliana "El Inca Titu Cusi Yupanqui y su tiempo. Los Incas de Vilcabamba y los primeros cuarenta años del dominio español" (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, 1997)
- (6) Scarlet O'Phelan Godoy refutó los planteamientos de Bonilla y Spalding en un trabajo titulado "El mito de la «independencia concedida»: los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730 – 1784)". Se ha dedicado, con gran profundidad y enfoques novedosos, a estudiar los movimientos del sur del Perú, incluyendo el Alto Perú. Núria Sala i Vila ha dedicado ya varios trabajos a los movimientos indígenas, tales como sus tesis para licenciatura y doctorado (1985 y 1989, respectivamente) así como una obra reciente "Y se armó el tole tole" [1996]"
- (7) Bracamonte, Jorge "La formación del proyecto aristocrático: Hipólito Unanue y el Perú en el ocaso colonial" En: "Crisis colonial, revoluciones indígenas e independencia" de Luis Glave y Jorge Bracamonte. (Lima, 1996; página 31.
- (8) Lockart, James "Los de Cajamarca"(Lima, 1986; tomo I, página 137)
- (9) Espinoza Soriano, Waldemar "Virreinato Peruano"(Lima, 1997; página 105)
- (10) Roel Pinedo, Virgilio "Conatos, levantamientos, campañas e ideología de la independencia". En "Historia del Perú, Perú Republicano, tomo VI, publicada por Juan Mejía Baca, 1981; página 160
- (11) Céspedes, Guillermo "la independencia de Iberoamérica. La lucha por la libertad de los pueblos (Madrid: Ediciones Anaya, 1988 página 109)
- (12) Ferro, Marc "Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero" (México: F.C.E. 1995 Primera edición, primera reimpresión; página 11)
- (13) Villalobos R., Sergio. Chile y Perú. La historia que nos une y nos separa. 1535 – 1883. (Santiago: Editorial Universitaria, segunda edición, 2004), pp. 19 – 20.
- (14) O'Phelan Godoy, Scarlett. El mito de la "Independencia concedida": Los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814). En: Independencia y revolución, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1987, tomo 2, pp. 145-199

- (15) O'Phelan Godoy, Scarlett. Repensando la independencia del Perú. En: Historia de la cultura peruana II, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001, pp.349-370
- (16) Fisher, John, El Perú borbónico, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000, pp. 186 – 187.
- (17) Anna, Timothy E. La caída del gobierno español en el Perú, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2003, p. 21
- (18) Montoya, Gustavo, La independencia del Perú y el fantasma de la revolución, Lima, Instituto de Estudios Peruanos (Colección Mínima, 53), 2002, p. 126.
- (19) Demélas, Marie – Danielle. “La invención política. Bolivia, Ecuador, Perú en el siglo XIX”, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto de Estudios Peruanos, 2003, p. 211.
- (20) Klaren, Peter F. Nación y sociedad en la historia del Perú, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2004, pp.160-161

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

Consignaré solo las obras que considero fundamentales y que deben ser consultadas por toda aquella persona interesada en un conocimiento más profundo acerca del tema que hemos desarrollado.

- Anna, Timothy E. “La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la independencia” (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2003)
- Basadre, Jorge. “El azar en la historia y sus límites. Con un apéndice: La serie de probabilidades dentro de la emancipación peruana” (Lima: Ediciones P. L. Villanueva, 1973)
- Bonilla, Heraclio y Karen Spalding, La Independencia en el Perú: Las palabras y los hechos. En: Bonilla, Heraclio, et al. , “La Independencia en el Perú” Lima, Instituto de Estudios Peruanos (Perú Problema, 7), 1972
- Bonilla, Heraclio, Metáfora y realidad de la independencia en el Perú, Lima, Instituto de Estudios Peruanos (Colección Mínima, 45), 2001
- Bonilla, Heraclio "El Perú entre la independencia y la guerra con Chile" En: Historia del Perú. Perú Republicano, tomo VI de la colección de Juan Mejía Baca , 1981
- Bracamonte, Jorge "La formación del proyecto aristocrático: Hipólito Unanue y el Perú en el ocaso colonial" En: "Crisis colonial, revoluciones indígenas e independencia" de Luis Glave y Jorge Bracamonte. (Lima: Coedición de SUR Casa de Estudios del Socialismo y Derrama Magisterial, 1996)
- Céspedes, Guillermo "La independencia de Iberoamérica. La lucha por la libertad de los pueblos". (Madrid: Ediciones Anaya, 1988)
- Dager Alva, Joseph. “Hipólito Unanue o el cambio en la continuidad” (Lima: Convenio Hipólito Unanue y Convenio Andrés Bello, 2000)
- Demélas, Marie – Danielle. “La invención política. Bolivia, Ecuador, Perú en el siglo XIX”, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto de Estudios Peruanos, 2003
- Fisher, John. “El Perú borbónico. 1750-1824” (Lima Instituto de Estudios Peruanos, 2000)

- Flores Galindo, Alberto (Compilador) "Independencia y revolución. 1780-1840" (Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1987; 2 tomos)
- Montoya, Gustavo "La independencia del Perú y el fantasma de la revolución" (Lima: Instituto de Estudios Peruano e Instituto Francés de Estudios Andinos. Colección mínima, 2002)
- O'Phelan Godoy, Scarlett. El mito de la "Independencia concedida": Los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814). En: Independencia y revolución, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1987, tomo 2, pp. 145-199
- O'Phelan Godoy, Scarlett. Repensando la independencia del Perú. En: Historia de la cultura peruana II, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001, pp.349-370
- O'Phelan Godoy, Scarlett / Compiladora. La independencia del Perú: De los Borbones a Bolívar, Pontificia Universidad Católica del Perú. Instituto Riva Agüero, 2001
- Roel Pineda, Virgilio "Conatos, levantamientos, campañas e ideología de la independencia". En: Historia del Perú. Perú Republicano, volumen VI de la colección de Juan Mejía Baca, 1981
- Sala i Vila, Núria. "Y se armó el tole tole. Tributo indígena y movimientos sociales en el virreinato del Perú. 1784-1814" (Lima: Instituto de Estudios Regionales José María Arguedas, 1996)

En línea:

Manrique, Nelson. Sobre el carácter de la independencia, [en línea]. Empresa Peruana de Servicios Editoriales S.A. Diario Oficial El Peruano. Tribuna Libre, lunes 30 de julio de 2001.

<http://www.editoraperu.com.pe/edc/01/07/30/trib.htm>

-Morán Ramos, Luis Daniel. "Borrachera nacionalista y diálogo de sordos. Heraclio Bonilla y la Historia de la polémica sobre la independencia peruana". Ponencia presentada en el X Simposio Internacional de Estudiantes de Historia realizada por la Universidad de San Agustín, Arequipa-Perú, del 28 al 30 de setiembre del 2005. http://www.edhistorica.com/pdfs/2_Heraclio_Bonilla_y_la_historia_de_la_polemica_sobre_la.pdf

-Morán Ramos, Luis Daniel. La independencia peruana, una polémica permanente. Reflexiones acerca de la historia y los historiadores. <http://www.monografias.com/trabajos23/independencia-peruana/independencia-peruana.shtml>